

C 33 - 38

NEUTRALIDAD DE LA CIENCIA

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. Gumersindo Azcárate

en la apertura de la UNIVERSIDAD POPULAR de Valencia
celebrada en el Centro de Fusión Republicana
la noche del 8 de Febrero de 1903



F. Sempere y C.^ª, Editores
CALLE DEL PINTOR SOROLIA, 30 Y 32
VALENCIA

NEUTRALIDAD DE LA CIENCIA

DISCURSO PRONUNCIADO POR

D. Gumersindo Azcárate

en la apertura de la UNIVERSIDAD POPULAR de Valencia
celebrada en el Centro de Fusión Republicana
la noche del 8 de Febrero de 1903



F. Sempere y C.^ª, Editores
CALLE DEL PINTOR SOROLLA, 30 Y 32
VALENCIA

Imprenta de "El Pueblo".

SEÑORAS Y SEÑORES:

Me apresuré á aceptar la invitación con que me favorecieron los fundadores de este instituto, porque aunque, por fortuna ó por desgracia, yo tengo varios oficios, siempre he considerado como el primero aquel que da carácter, por decirlo así, al hombre en sociedad y que en mí es el de profesor; y por eso en la medida de mis fuerzas me he asociado siempre con todo corazón á toda suerte de empresas, en la esfera de la enseñanza oficial y de la no oficial ó libre, que han tenido por finalidad el propalar la cultura en nuestro país.

Había una razón, además, que por desgracia es debida á circunstancias del tiempo, y es que por algo se ha considerado por todos que la instrucción es uno de los particulares ó extremos en que es preciso pensar y meditar para llegar á la regeneración, tan zurrada por todo el mundo, á la que con una frase feliz ha expresado y definido el ilustre Costa, diciendo:—«Escuelas y despensas»,

que es una traducción, aproximadamente, del «*mens sana in corpore sano*», de los antiguos.

¿Y quién lo duda y para qué es necesario siquiera hablar de ella? La cultura general de un país es condición precisa para su desenvolvimiento y completo desarrollo.

Un país puede pasarse sin genios, aunque bueno fuera que España, por ejemplo, tuviera mil Cajales; pero lo que no se puede admitir ni puede pasar en un país es la ignorancia esparcida por todas partes.

Interesa, pues, á todo el mundo; interesa á la sociedad, interesa á los individuos la extensión de esa cultura, é interesa, además, porque todos se preocupan hoy del problema social, porque todos se preocupan de la suerte del obrero, que es la expresión de ese problema bajo el punto de vista político y económico, y lo estudian con relación al proletariado, atendiendo por regla general á esos dos aspectos; y tiene esto su razón de ser. Pero el problema tiene tantos aspectos como la vida, y claro que, bajo el aspecto de la ciencia, consiste en alejar de nuestro lado la ignorancia, y para esto es preciso divulgar la enseñanza científica, se ha de procurar el conocimiento de lo que se desconoce.

Por eso la enseñanza es una empresa en que deben tomar parte los individuos, la sociedad y el

Estado; el Estado siempre será una función suya, como lo son otras, cuando por la falta de recursos individuales y sociales tenga la enseñanza oficial á su cargo. El Estado puede ocuparse de esto; para los fines como la enseñanza no será más que un medio supletorio, y se debe al individuo y á la sociedad que lo realice.

E interesa á las clases obreras la instrucción primaria, porque así su utilidad está al alcance de todo el mundo; porque así se enteran de las cosas dignas de conocimiento y se interesan por ellas; porque así se ponen en condiciones para salir del atraso en que están, para aprender con mayor conocimiento los oficios y para conseguir una cultura general, que derecho tienen esas clases, como todo el que labra su camino.

Además, no hay que olvidar que este problema de la enseñanza implica dos cosas: que son la educación y la instrucción: que son cosas distintas «educación» é «instrucción» y «enseñanza».

La educación mira al desarrollo, al desenvolvimiento de nuestras propias facultades; y aquí, tratándose de este asunto, al desarrollo de nuestra facultad de conocer; la instrucción da la materia, objeto del conocimiento, y composición de ambos elementos en la enseñanza que educa é instruye: y tanto entran estos dos elementos, que por eso los vemos predominantemente en todas las eda-

des de la vida, pero con esta diferencia: que al niño se le enseña, al joven se le educa, al adulto se le instruye. Esto es, que en la primera edad interesa desenvolver esas facultades más que entrar en el contenido de las cosas; en la segunda se procede á una labor educativa, entrando ya en materia, y en la tercera ya está casi hecha la obra; y digo casi hecha, porque no se acaba nunca el objeto del estudio.

Y en esa distinción de edades tened en cuenta que la clase obrera, no por su culpa, sino por circunstancias históricas, está en la primera edad de que antes os hablaba.

Al ser invitado para inaugurar estas conferencias y esta Universidad popular en esta Valencia que, para honra suya, como pocas regiones, atiende á ese fin y coadyuva á la enseñanza oficial, y para eso hay la Extensión universitaria, el Ateneo, las Escuelas de Artes y Oficios, el Instituto de la Enseñanza para la mujer, la Academia Jurídico-escolar, y ahora va á tener esta Universidad, dije que no debo escoger un tema, sino realizar el acto de proclamar la neutralidad de todo establecimiento de enseñanza; y me ha parecido hacerlo así, por lo mismo que tenía en cuenta el local donde se inaugura y las ideas de sus fundadores, que puede influir en que haya prejuicios y se estime que ésta no es una Universidad neu-

tral. ¿Qué es la neutralidad? Algo que resulta de la unión de estas tres cosas: «libertad», «tolerancia», «desinterés».

«Libertad» para la investigación y la exposición de la ciencia; entiendo, claro está, por libertad, lo que la libertad es; que no consiste la libertad, como dijo cierto personaje que ya no vive y por eso no lo cito, en hacer cada cual lo que le dé la gana, á lo que contestó otro orador ilustre que eso no era más que mala crianza. La libertad es una propiedad formal de nuestro espíritu que va unida á la actividad, formando una facultad que consiste en ser dueño de su destino, según la razón y la conciencia demanden. En esa esfera, claro está, que la investigación de la ciencia y su exposición han de ser libres.

Alguien me dirá: ¿y esta doctrina que á todas horas se propaga, que consiste en decir que sólo hay libertad para el bien y no la hay para el mal, que la hay para la verdad y no para el error? Esa doctrina parte de una equivocación lamentable. ¿En qué consiste? En creer que al afirmar la libertad del individuo es para que siga ese sendero y determine su suerte en la sociedad; es para que caprichosamente escoja entre el bien y el mal, para que escoja entre la verdad y el error; ¡como si esto fuera dado, sobre todo para la verdad y el error! El individuo puede llegar á escoger entre el

bien y el mal, pero no podrá escoger entre la verdad y el error aunque quiera.

Y lo es así; afirmar la libertad, afirmar que hay una esfera en que el individuo bajo su responsabilidad cumple su fin, y por tanto, contra eso que constituye su propia determinación y actividad no puede oponerse nadie: pero claro está que en su conciencia tiene el deber de perseguir la verdad y no el error, de perseguir el bien y no el mal; fuera de eso, esta responsabilidad no tiene consecuencias ante la sociedad, no puede ser sancionada por el Estado.

Porque si se admitiera esta doctrina, nos daría como resultado que donde hubiera un mal existiría la sanción del Estado, que donde hubiera un error habría de caer el Estado con su sanción, en una palabra, volveríamos á los tiempos antiguos, á aquellos en que no se distinguía el pecado del delito.

Salta á la vista que hay cosas malas, y, sin embargo, á nadie se le ocurre llevarlas al Código penal: la ingratitud, ¿hay cosa más grande y más manifestamente mala que la ingratitud? ¿Conocéis algún Código penal que castigue la ingratitud? No; por esa libertad sana, racional, exigida por nuestra razón, porque la libertad es propiedad del hombre, es propiedad de su espíritu, que va inherente á su actividad y la tiene que manifestar

en todas, menos en una, cual es la del derecho, actividad que le garantiza y hace efectiva el Estado y por eso cabe la coacción y por eso la ciencia, como una manifestación de esa actividad distinta del derecho, tiene que ser libre en su investigación y en su exposición.

Segunda condición: la «tolerancia». Y ante todo, me importa llamar vuestra atención sobre que es preciso no confundir la «tolerancia» con la «indiferencia». No sólo no cabe confundirlas, sino que afirmo que no cabe la verdadera y sana tolerancia sin tener calor y sentimientos y, por lo mismo, la convicción íntima y profunda de que es un deber de nuestro espíritu y por eso no basta siquiera la tolerancia pasiva y fría que se somete á lo que estima que es necesidad de los tiempos como un mal necesario, sino que es preciso poseer la tolerancia activa que, estimando que se debe respetos á los programas y á las doctrinas, pero también que debe trabajarse por la reparación del mal, tiene una verdadera satisfacción y no cesa en practicar esa tolerancia.

¿Y por qué es tan frecuente la intolerancia entre los partidos políticos, entre las escuelas científicas, entre las sectas religiosas? Porque se olvida una cosa, y es, que en todo partido político, escuela científica ó secta religiosa, hay un elemento de verdad y por eso tienen derecho á la toleran-

cia las doctrinas y las personas que las profesan. Los partidos políticos, como generalmente luchan por lo que les es propio, por afirmar lo que niegan á los partidos que están enfrente, parece que afirman lo suyo y que niegan todo lo que defienden los demás, y prueba de esto es la diferencia que existe entre ser partido en la oposición y en el gobierno. ¿Es que sustentan y practican una cosa en la oposición y otra en el poder? No; es que esos partidos cuando van al gobierno toman en cuenta las opiniones de los demás partidos; pero subordinadas á la suya, las atienden y procuran armonizar con la propia, sin la intransigencia que en la oposición tuvieron, porque es el gobierno nacional y no de partido.

En las escuelas filosóficas ó científicas, ¿cómo no haber también esta tolerancia, cuando vemos que después de luchar dos tendencias opuestas, pónense de acuerdo en algún punto? Y en nuestros mismos días, el positivismo y el colectivismo, estas dos tendencias, madre de un pensamiento que abarca toda la humanidad, que representan en Grecia Plutarco, y Aristóteles en la Edad Media, y en nuestro tiempo Hegel y Spencer, vemos que después de una lucha de tantos siglos, llega un día en que dice Hartmann: del mismo modo que los obreros que horadan un túnel llegan á descubrirse y abrazarse, después de la lucha titánica

se combinan los elementos sanos de una y otra tendencia.

Eso de la intolerancia es bueno que lo piensen los que suponen que la historia de la filosofía es la historia de los errores humanos, pero no los que creen que los sistemas filosóficos dejan una estela, base de los progresos ulteriores.

En España es frecuente esa apreciación desdichada y esa intolerancia, pero hay un hecho excepcional, que quiero consignar con gusto.

El P. Ceferino González, defendiendo la bondad de la Metafísica frente de la filosofía hegeliana, escribe lo siguiente: «La Metafísica constituye la gloria de Platón y Aristóteles, de San Agustín y Santo Tomás, de Leibnitz, Kant y Hegel;» y ¡qué extraño es que diga esto, cuando de Hegel, en lugar de decir las vulgaridades que se dicen, escribe el Padre Ceferino lo siguiente!:

«Tal es el pensamiento que surge espontáneamente en el corazón del hombre cristiano, en presencia de ese panteísmo brutalmente ateísta que palpita en el fondo de la concepción hegeliana, que representa y sintetiza el *esfuerzo titánico de uno de los genios más poderosos que vieron jamás los siglos*. Porque ello es cierto, que panteísmo, y panteísmo esencialmente ateo, es lo que representa y constituye la última palabra y el contenido real de esa concepción que produce vértigos por

su *originalidad profunda*, por la unidad fascinadora de sus aplicaciones, por sus vastas proporciones como sistema filosófico; de *esa soberbia y colosal pirámide de los tiempos modernos, que á pesar de tener la nada por base y por cúspide la negación de Dios*, representa y entraña la revelación más sorprendente del alcance y poderío de la razón humana, y la revelación de que, bajo las inspiraciones de la idea cristiana, el Aristóteles de los tiempos modernos, el profeta pantologista de la idea hubiera podido ser el Santo Tomás del siglo XIX.»

¡Cabe mayor reconocimiento del valor intrínseco de esta doctrina, con la cual estaba en pugna y colocado en frente el P. Ceferino González!; ¡y no lo había de estar, si la califica de panteísta y atea!

¿Es que hemos de negar, como se dice, el pan y el agua, y estimar que no pueda prestar servicio alguno, cualquiera doctrina filosófica que no sea la que profesemos? No.

Después de hablar así de esa filosofía, en que al lado de San Agustín y Santo Tomás pone á Leibnitz, Kant y Hegel, añade:

«El positivismo que se lisongea hoy de llevar de vencida á la Metafísica, se verá precisado á cejar en su empeño, al menos en lo que tiene de absoluto y exclusivo, si bien es posible que comunique á la Metafísica futura un sedimento experi-

mental, como testigo permanente de su paso por el campo de la *filosofía primera*, y como señal ó monumento de la lucha actual entre el principio positivo y el principio metafísico.»

Tolerancia ante cualquier culto religioso. Pensaréis que eso es más difícil; pero ved lo que dice no un escritor moderno racionalista, sino un escritor antiguo:

«No hay diferentes dioses entre los diferentes pueblos, ni dioses extranjeros y dioses griegos, ni dioses del Sur y dioses del Norte, sino que así como el sol y la luna, el cielo y la tierra y el mar, son comunes á toda la especie humana, pero tienen distintos nombres, según las distintas razas, así, aun cuando no hay más que una razón que ordena estas cosas y una Providencia que las administra, hay diferentes honores y denominaciones entre las diferentes razas; y los hombres se sirven de símbolos consagrados, algunos oscuros y otros algo más claros, encaminando así el pensamiento por las vías de lo divino; pero no sin peligro, porque algunos, perdiendo del todo pie, se despeñan en la superstición, y otros, queriendo evitar caer en el lodazal de la superstición, han caído á su vez en el precipicio del ateísmo.»

Esto dice Plutarco; ¡pero que extraño que lo diga Plutarco, si un escritor cristiano, católico, un arzobispo, Redvod, arzobispo de Nueva Zelanda,

dijo lo siguiente en el Congreso religioso celebrado en Chicago:

«En todas las religiones hay un vasto elemento de verdad: de otro modo no habría cohesión entre ellas. Todas tienen algo respetable, grande, elementos de verdad; y lo mejor que puede hacerse para respetarse uno á sí mismo y destruir las barreras del odio, es ver lo que hay de noble en las respectivas creencias y respetarnos mutuamente, reconociendo la verdad contenida en ellas.

No pretendo, como católico, poseer toda la verdad ó ser capaz de resolver todos los problemas del espíritu humano. Puedo apreciar, amar y estimar cualquier elemento de verdad que se muestre fuera de aquel cuerpo de verdades. Para derribar las barreras del odio existente en el mundo, necesitamos respetar los elementos de verdad que contienen todas las religiones, y necesitamos respetar también los elementos de moralidad que en ellas hay.

Encontramos en todas las religiones un número de verdades, que son el cimiento, la roca firme de toda moralidad, y las vemos en las varias religiones esparcidas por el mundo, y podemos, seguramente, sin sacrificar ni en un punto la moralidad católica ó la verdad, admirar esas verdades reveladas en cierto modo por Dios.»

Esto dice un arzobispo católico de todas las

religiones, y otro colega suyo, en todos sentidos, por ser norteamericano y ser católico, el doctor Keanne, rector de la Universidad de Washigton, en un Congreso celebrado en Bruselas, se indigna contra los que atribuyen á una inspiración diabólica las doctrinas de Budha y Confucio, y dice que esos eran instrumentos en manos de la Providencia para predicar é inculcar la moralidad en el mundo.

Pero os acabo de citar el Congreso de las religiones de Chicago, y ¡qué cosa más asombrosa, más verdaderamente extraordinaria, ocurrida pocos años antes de terminar el siglo pasado!, porque pensar que desde las guerras, de las luchas de la intolerancia, ha sido preciso dar un salto grande para que se reunieran ese día representantes de las iglesias católica y protestante, en todas sus formas, y cismáticos griegos, y judíos, y no sólo judíos, sino mahometanos, y no sólo mahometanos, sino los adoradores de Confucio, y de Budha, y de Brahama; y éstos celebran un Congreso y se pronuncian palabras, no ya de tolerancia, sino de amor; y dice el arzobispo de Chicago que hay una cosa que la humanidad ama, que es la «cordialidad», y dice el arzobispo Fechan que á todos les une un sincero respeto y reverencia y sentimiento fraternal de amistad, y que ese fenómeno, jamás repetido, es uno de los

que más honor hacen al siglo pasado, que se llamará no de las luces, de la electricidad y del ferrocarril, sino de la «tolerancia», porque es el triunfo mayor que en él se ha obtenido.

Y el sabio cardenal Gibbons pronunció las siguientes frases:

«Gracias á Dios hay un programa en el cual todos convenimos: el de la *caridad*, la *humanidad* y la *benevolencia*.

El samaritano que asistió al moribundo y curó las heridas, era su enemigo en religión y creencia, su enemigo de nacionalidad y su enemigo en la vida social. Ese es el modelo que debemos seguir.

Nos separaremos animados por un mayor amor de los unos para los otros, porque el amor no hace distinciones por razón de la fe.»

Tercera cosa que pedía yo para que se verificara esa neutralidad de la ciencia: el «desinterés.»

No se trata del desinterés de los fundadores, de los profesores y de los alumnos, que ese está fuera de cuestión.

Llamo desinterés de la ciencia, á que ésta cumpla su fin propio y exclusivo, no sea instrumento de ningún otro fin, ni se la pretenda subordinar á él; en una palabra: la independencia de la ciencia.

Durante muchos siglos han luchado dos fines de la vida, con exclusión casi completa de los de-

más; la religión y el derecho, la Iglesia y el Estado.

En el Oriente todo dependía de la religión; en las repúblicas griegas todo se subordinaba á ella, venciendo al otro fin; viene la Edad Media y se reproduce la lucha, predominando primero la Iglesia y más tarde el Estado, y en medio de estas contiendas, parecía que no había más que estos dos elementos sociales. Pero á fines del siglo XVIII, la ciencia pretende desligarse de ellos y abandonarlos, y de ahí el poder soberano que entonces tuvieron las ideas; y hoy, en nuestros días, se cultivan como cosa esencial; y, sobre todo, el ilustre fundador Karl Marx y los que le siguen, han puesto en debate la importancia primordial del estudio de la economía; y para que no falte nada, un poeta de Italia ha dicho que lo primero no es la religión, ni el derecho, ni la ciencia, sino el arte.

Ahora bien; estas pretensiones tienen razón en lo que afirman, no en lo que niegan; cada fin tiene su camino, su obra, y no cabe impedir que los realice; así ¿quién pretendería dejar sin efecto la obra de emancipación de Descartes entre la religión y la filosofía?, ¿quién contradeciría la reparación hecha por Grocio entre el derecho y la teología?; pues de igual manera todos los demás fines de la vida pueden realizarse independiente-

mente, para cumplir la ciencia siempre su fin principal: el conocer, que es la primera y fundamental necesidad de la ciencia, que se satisface con ella una necesidad de nuestro espíritu, de igual modo que los alimentos satisfacen una necesidad de nuestro cuerpo. Por eso no se puede desnaturalizar, convirtiéndola en instrumento de cosa alguna; por eso una Universidad respeta los motivos y la explicación histórica de otra, y así vemos que enfrente de la Universidad católica de Iobaina, se levanta la liberal; pero prefiero la Universidad de Alemania, en la cual católicos y protestantes y judíos, contribuyen á su fin; ¡que la Universidad es un centro en el que entran todos los que tengan amor á la ciencia, á la verdad!

En la Universidad de Strasburgo había una vacante de una cátedra y había dos profesores protestantes, y el emperador, queriendo equilibrar las fuerzas, nombró á un profesor católico, y el ilustre Monsen, rector, dijo: que venga en buen hora, por razón de su competencia, no por ser católico, al modo que yo estoy, no por ser católico, ni protestante, de regidor. Así se hizo, y todos aquellos profesores se pusieron de acuerdo para la realización de esta santa obra de la ciencia.

De la independencia de sus fines saco esta

consecuencia, que, por desgracia en nuestro país, es harto desconocida: deben asociarse los que tengan un propósito común; está bien que en ese concepto se asocien los católicos para la propaganda del dogma católico y los protestantes para propagar su religión, pero, ¿queréis decirme si siente un pueblo la necesidad de leer y de escribir y si siente el deseo de aprender, por qué no se han de unir todos los hombres para esto? ¿Si se trata de una obra de beneficencia, por qué no se han de unir todos los hombres de corazón? En nuestro país, por desgracia, esto es la escepción; en el extranjero es lo corriente.

Pero hay, sin embargo, dos escepciones en España que quiero recordar. Por el año de mil ochocientos setenta y tantos, cuando se fundó en Madrid, á imitación de lo que sucedía en el extranjero, la asociación para conseguir la abolición de la esclavitud, constituida por hombres librepensadores y de ideas avanzadas, el obispo de Avila se inscribió.

Algunos de sus correligionarios fanáticos le echaron en cara aquello, que le unía y ponía en relación con protestantes y librepensadores; y el obispo, en «La Voz de la Caridad», revista que se publicaba en Madrid bajo la dirección de doña Concepción Arenal, les contestó diciendo: conozco vuestra doctrina; es aquella que Bayo proclamó:

Omnia infidelium opera peccatasunt de filosoforum virtutes sunt vicia.

«Todos los actos de los infieles son pecado, y todos los actos de los fieles son virtudes.» Pero esa doctrina de Bayo la ha condenado la Iglesia, y no he tenido inconveniente en unirme con los infieles para una obra cristiana.

El otro hecho lo he presenciado yo mismo en Madrid; se fundó una sociedad para la protección y educación de la infancia por Tulio Vizcarrondo, que no era católico; esa circunstancia, que creaba algunas dificultades, la allanó el que entonces era obispo auxiliar de Madrid y hoy primado de Toledo, formando parte de la Asociación; un día sucedió que en aquella reunión en que había protestantes y católicos, ocurrió una vacante y aquel obispo propuso al banquero Bäuer, que era judío.

Por eso os digo: ¿Aquí se trata de ciencia?, pues aquí pueden venir todos los que quieran aspirar al ambiente de la enseñanza ó exponer la ciencia sin que se exija sacrificio, porque tenéis un dogma exclusivo, el de la libertad: de vosotros hará el trabajo científico el que quiera por su voluntad, pero nunca por imposición. Y por eso debe ser la Universidad libre y tolerante. La Universidad no es política, ni liberal, ni conservadora, ni escolástica, ni socialista, ni individualista, ni transformista; la Universidad es científica, y, por

lo tanto, no sabe nada particularmente de todos esos aspectos, no tiene más vínculo de unión que ese acendrado amor á la verdad.

Como consecuencia de estas tres cosas que he desenvuelto, está la neutralidad.

Puede ser que alguien diga: pero esto se parece bastante á lo que se llama por ahí laico, secularización. Se parece, es lo mismo; pero prefiero el nombre de neutralidad, porque los unos, por culpa de los otros, han interpretado de diverso modo la cuestión; porque lo «laico», no quiere decir la exclusión del Estado, ni de Dios, como dice Dumas de Buley, sino del clérigo, del sacerdote; y por eso una persona tan poco sospechosa como Guizot, protestante fervoroso, decía en una ocasión estas terminantes palabras:

«No; el Estado no es ateo, pero es laico, y debe serlo para salvación de todas las libertades que hemos conquistado. La independencia y la soberanía del Estado es el primer principio de nuestro derecho público: es un principio que estamos esencialmente obligados á defender y mantener; el de la secularización general de los poderes, el carácter laico del Estado.»

A veces puede suceder que al secularizarse el Estado, resulte más religioso que antes, contra lo que comunmente se cree. Porque esto de secularización sería grave cuestión de resolver, empleo

el término de «neutralidad»; para aquellos que creen que debe secularizarse la vida, y yo respeto esta opinión, que no es la que en mí creer hay, pues entiendo que la religión es una cosa respetable que no debe desaparecer; decir secularidad de los cementerios, secularidad de la ciencia, etc., no implica esto que vulgarmente se entiende.

Porque, ¿cuándo un Estado puede ser más religioso? Ha dicho Julio Simón que Dios era como esos monolitos que hay en las encrucijadas, que tienen tantas caras como calles van á parar á ellos; que estas caras son la Verdad, la Justicia, la Bondad, y los caminos que á ellos nos conducen son la Ciencia, el Arte, el Derecho, la Religión, la Moral; de donde resulta que el Estado, la obra religiosa para Dios, consiste en realizar la Justicia y nada más; y cumpliendo ese fin y trabajando para la Justicia es ir con Dios, y trabajar contra la Justicia es ir contra Dios; porque, como dice doña Concepción Arenal, no es más religioso el que habla más de Dios, sino el que le ofende menos; y por eso el Estado debe respetar la libertad religiosa; el que respete esa facultad, ese será más religioso que otro Estado; que no porque haya presupuesto de culto y clero y vayan las procesiones presididas por la autoridad, escoltadas de las tropas, y los miembros del Consejo oigan misa del Espíritu Santo antes de celebrar sus sesiones, si

en ese Estado no se realiza la Justicia y la Moralidad, en la apariencia ese Estado será religioso, pero en realidad será verdadero ateo.

Quizá haya alguien entre vosotros que, recordando aquella frase célebre de San Agustín, por desgracia muy olvidada hoy y escasamente cumplida por todos, cuando dice: «*in necessariis, unitas; in dubis, libertas; in omnibus, charitas*»; esto es: en lo que es necesario creer, *unidad*; en las cosas dudosas, *libertad*, y en todo, *caridad*; caridad... que la caridad no consiste en lo que vulgarmente se dice: en dar la limosna; quizá alguno, repito, me dirá: nos has hablado de *libertad*, la que pide San Agustín para las cosas dudosas; nos has hablado de *tolerancia*, ¿por qué no nos hablas de *unidad*? No os hablo de unidad porque no cabe en la ciencia. Se refiere esa unidad á los dogmas, y en la ciencia no caben dogmas. La ciencia está en constante modificación, en constante progreso, sin que esto signifique la destrucción de lo pasado, sino su conservación mejorándolo, ampliándolo. Y esa unidad, no es que no sea una ley de la vida; lo es para los individuos, para los pueblos, para la humanidad: no sería posible una historia universal sin esa unidad. Pero esa ley de unidad, necesariamente se ha de concertar con la de *variedad*: aquella ley, por virtud de la cual, siendo todos hombres, cada uno expresa de dis-

tinto modo su ideas, de la misma manera que teniendo todos la misma forma exterior, cada uno tiene una fisonomía distinta; del mismo modo, todos los pueblos, en virtud de sus distintas razas, de sus condiciones de vida y de sus acontecimientos peculiares, realizan una historia diferente; y todos estos elementos se unen mediante la tradición, y así, todos juntos, constituyen el gran panorama de toda la historia humana.

Pero esta unidad no cabe; es más, por desgracia: todavía podríamos darnos por satisfechos si la pudiéramos obtener en lo que San Agustín la pide. Pero es el caso que ese grupo de las cosas necesarias, hoy se pretende por un escuela conseguirlo de una manera extraordinaria, con merma de las cosas *dudosas*, en las que cabe la *libertad*. Y es que nuestros sacerdotes católicos, es que la escuela escolástica católica, extiende esta unidad de las cosas necesarias á todo y os habla de un dogma católico y una escuela católica; y hoy se os habla de una ciencia católica, de un arte católico, de una política católica, de una sociología católica, y hasta de una ciencia financiera católica, como he leído en una revista italiana; yo he oído decir que el impuesto territorial y la contribución directa son altamente católicos y que la enfiteusis es la solución católica del problema de la riqueza.

De donde resulta que, según esta doctrina, se pretenderá que esas cosas necesarias para las que pide unidad San Agustín, serían infinitas. Y bastaría tener de un lado la Biblia, de otro las Encíclicas de los Santos Padres, para que pudiéramos decir, como los musulmanes de Alejandría: quemad todos los libros.

Encíclicas que no logran lo que se proponen; y así lo vemos en el actual Pontífice, que á pesar de todas las publicadas, con las que ha querido resolver todos los problemas, desde la primera *Eternum patris*, que se propuso resolver el problema filosófico, hasta la última *Rerum Novarum* que intentó resolver el debatido problema social, no ha conseguido nada; y como le rodean muchas personas que creen que sus escritos tienen el carácter de infalibilidad, son fieles creyentes, á pesar de lo cual, dentro de ellos hay tomistas, antologistas y tradicionalistas; y aun dentro de cada una de esas escuelas, he conocido hegelianos que eran católicos, y Silvela es spenceriano; así se lo he dicho en el Congreso y me ha contestado en ese sentido; y luego en su periódico contestó también á los cargos que por esta afirmación le hizo Ortí Lara. Y siguen después individualistas extremados católicos, y socialistas y colectivistas católicos.

Esa unidad extremada é intolerante no está

ni de cerca ni de lejos contenida en el espíritu del cristianismo; precisamente lo que separa más profundamente el cristianismo del mahometismo, es que el primero no aspiró más que á modificar la doctrina antigua de los hebreos y dar á los hombres una moral, pero dejando lo demás á las disputas de los hombres, mientras que Mahoma lo asumió todo en absorbente unidad, en una sola persona. Y de ahí el que después de esos conatos de unidad, no se logre.

Pero aun en el mismo dogma, ¿pensáis que sea igual, que sea el mismo credo para el carbonero de enfrente que para el P. Laviai, autor ilustre de la filosofía del credo? ¿Pues no hay católicos que creen que el mundo se hizo en seis días de 24 horas, como los que tenemos nosotros, mientras que otros sostienen que son épocas de muchos siglos de duración? ¿No hay católicos que creen que el diluvio universal lo fué para toda la tierra, y otros católicos también dicen que sí lo hubo, pero sólo para una parte de ella? Hay católicos que dicen que la antigüedad del mundo sólo es de 4 ó 5.000 años, mientras que otros discuten ya con los geólogos, sobre los millones de años que tiene nuestro planeta. ¿No oís decir, que hay darwinistas? Y la iglesia no ha condenado el darwinismo hasta ahora.

¡Pero si esa unidad que requiere imponer no

es perfecta ni en la misma vida de la Iglesia! Si comparáis pueblo con pueblo, edad con edad, en la Edad Media parece que hay una época en que se levanta esa unidad; en la Edad Media se ha dicho que se encuentra puesta la unidad en la Iglesia, y dentro de ésta, la asumió el pontificado; mas fíjaoos en la historia y decidme qué significan las luchas entre el clero y el imperio; las luchas, más tarde, entre la Iglesia y los juristas, ¿por qué tienen distintos representantes Santo Tomás y el Dante?

Pero lo que ha sido esa unidad en esos siglos lo ha expresado perfectamente un escritor inglés, que dice: «Así como el monje San Bernardo caminó por las orillas del lago Lemán sin ver el azul de las aguas, ni la lozanía de los campos, ni las radiantes montañas, cubiertas con su vestido de sol y nieve, porque caminaba llevando inclinada sobre el mulo aquella cabeza preocupada y llena de pensamientos; de igual modo que este monje, la humanidad, peregrino inquieto, preocupado con los terrores del pecado, de la muerte y del juicio final, marchó á lo largo de los anchos caminos del mundo sin haber conocido que mereció ser contemplado y que la vida es una bendición.»

Viene luego el renacimiento greco-romano, recobra la humanidad otras alegrías y viene otro ideal á sacarla de su sombrío quietismo.

Diferencias de pueblo á pueblo. ¡Pero si todas esas cuestiones, todo lo que aquí nos apasiona, casi no son cuestiones en el resto del mundo! Porque, reparad bien, esos problemas políticos, económicos, sociales, etc., todos los cuales se pretende hacer pasar por cuestiones de discusión, no tienen nada de tales, no son problemas ni otra cosa. ¿Qué prelado, ni inglés, ni belga, ni norteamericano había de decir nada contra la libertad de cultos, ni contra el matrimonio civil, ni contra la libertad de conciencia, cuando en la Constitución, hecha por todos, por liberales y católicos, están todas esas libertades?

Diferencias de individuo á individuo, porque se trata de unidad en el orden religioso y moral, y claro está que esta moral se practica de distinto modo por todos en la vida. Si esta unidad pudiera ser positiva, se mostraría en la vida humana. ¿Dónde está ese común ideal de la moral y la religión? No existe, porque no cabe en lo humano. Pues qué, San Bernardo, para el cual la vida, como se ha dicho, es como á modo de enterramiento en un cementerio en lluviosa tarde de invierno, y San Francisco, para el cual es la vida luz y calor, ¿tienen la misma unidad? El sacrificio de un martir y el perseguidor de los albigenses, ¿tienen el mismo ideal? El arzobispo de París que muere por defender la vida de los hombres, y el

arzobispo de la Seo de Urgel que va á las montañas de Navarra á fomentar la guerra civil, ¿tienen el mismo ideal? El banquero devoto que después de oír misa va al despacho ó á la Bolsa á arruinar al prójimo, y los trapenses que apenas si comen, que apenas si visten, que apenas si viven, ¿tienen el mismo ideal? Y aquel que tiene una mujer que constituye la mitad de su vida y unos hijos en cuyos ojos se contempla y se afana por llevarles un mediano bienestar, y aquel religioso que al hacer los votos de pobreza, de obediencia y de castidad, contravinendo las leyes naturales del amor, de la libertad y del trabajo, ¿tiene el mismo ideal? No.

Esa unidad no es posible; la que cabe es la que proclamaban los obispos de Chicago, es la mancomunidad, es ese mutuo respeto, ese amor, eso que decía aquel obispo: veis al buen samaritano; era enemigo de su fe, era enemigo de su raza, de su estado social y le ha cuidado; ¡ese debe ser el modelo!

Así, pues, no aspiremos á una unidad que no es posible; aspiremos á una unidad que nazca del movimiento libre de la inteligencia, del desarrollo y del movimiento de nuestra actividad, y comunicándose con esta otra ley tan necesaria de la vida, la de la *variedad*, porque por el concierto de ellas es posible la vida y la armonía de los seres.

Quizá entre alguno de vosotros haya quien tenga leído el libro del señor Menéndez Pelayo sobre los heterodoxos españoles, y recuerde que estoy incluido en ellos; y en este supuesto, le extrañará que haya citado Santos Padres, obispos y metropolitanos; lo he hecho, primero, para predicar con el ejemplo; segundo para demostrar que en todas partes se puede encontrar algo que es común; tercero, que si hay tantos Padres, cardenales, obispos y metropolitanos que profesan esas ideas de tolerancia, de ese respeto á la ciencia, á los hombres y á las doctrinas que sustenta todo contrario, podrán invocar el nombre augusto del cristianismo y el nombre santo de la religión; pero de hecho no son más que un partido, una secta digna de respeto, pero no más que todos los otros partidos y todas las demás sectas. Y para demostrarlo solamente lo he hecho, porque por instinto, por convicción, prefiero siempre buscar aquello con lo que me uno con los demás hombres, no con lo que me separo de ellos; y por fortuna hay puntos en que pueden encontrarse los partidos y las sectas religiosas; los partidos políticos pueden encontrarse en el culto y el amor de la patria; las escuelas científicas pueden encontrarse en el culto de la verdad, y las sectas religiosas pueden también encontrarse y armonizarse en el culto de la piedad, de la sana y verdadera piedad.



1102824645



50 céntimos

